

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
207 pd.

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-500-072-8

I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 11800
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Observatorio de la Política y la Sociedad, de la Universidad de Buenos Aires.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

V

LA CRISIS POLÍTICA ARGENTINA EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN*

JUAN CARLOS PORTANTIERO

8 de mayo de 2001

Yo leí con mucha atención la desgrabación de las exposiciones de Álvarez en este seminario y me pude hacer un cuadro de situación. En verdad, estas exposiciones y las ideas que están contenidas en ellas, de repente tienen como una resignificación dramática a partir del último fin de semana, en donde si bien no podríamos decir que el desenlace de la situación tal cual la presentó Álvarez nos haya tomado de sorpresa, de todas maneras genera como un hecho nuevo [en referencia al momento en que Carlos “Chacho” Álvarez decide abandonar por el momento la actividad política partidaria]. Un hecho nuevo que, en mi caso, se remite a una pregunta fundamental, ¿qué es lo que yo voy a discutir ahora?; ¿la opinión de un analista político de otro analista político?; ¿la opinión de un comentarista sobre la política?, ¿o la opinión de un político que sigue manteniendo su voluntad de intervenir sobre los hechos? La verdad que no lo sé; en rigor, si este seminario de interacción entre académicos y políticos tiene algún sentido y mantiene su vigencia, debería diferenciarse de una conversación entre observadores desinteresados o no, pero externos a la situación. Entonces, yo espero que esté refutando o confrontando o analizando las ideas de un político, es decir, que “Chacho” Álvarez siga haciendo política; que esto que aparece como un portazo, una salida medio sin explicaciones muy fundadas del escenario de la política, se transforme pronto en una propuesta de qué política hay que hacer. De otra manera, su actitud le da respuesta a una de las preguntas implícitas que hay en sus intervencio-

*. Versión no revisada por el autor.

nes, y da respuesta por la negativa. Una de las preguntas implícitas que hay en sus intervenciones es si es posible hacer política progresista, llamémosla así, en la Argentina; ésa es una pregunta que está muy presente. Pero al irse él, nos está diciendo: no, no es posible. Uno no tiene más remedio que tomar eso como una respuesta a la primera pregunta implícita que él se plantea. Por eso yo creo que si el irse no implica un volver de alguna manera, sería lamentable; espero que eso no sea así. Porque uno podía entender como gesto político, incluso aunque quedara sin desarrollos posteriores, su renuncia a la vicepresidencia de la Nación, ya que uno diría: está bien, este hombre ve que ahí no puede hacer mucho, que es un lugar donde incomoda más que ayuda, generaría una discusión permanente en la cúpula del poder, es muy difícil en un país presidencialista una pelea entre presidente y vicepresidente. Tiene una cantidad de argumentos que uno puede considerar; en la renuncia hay todo un gesto que se evalúa en sí mismo. Pero ésta no es una renuncia a un cargo público como la vicepresidencia; es una renuncia, o licencia por tiempo indeterminado o como quiera llamarse, al partido que él fundó.

Es muy difícil hacer política sin una herramienta política; si él deja la herramienta política en la que estaba, tendrá que explicar con qué otra herramienta va a hacer política, o si va a hacer política o no. Pero esto es algo que no puede demorar mucho en la respuesta, entre otras cosas, porque la expectativa pública es muy recelosa, es decir, así como genera liderazgos, los destruye rápidamente. Fíjense, por ejemplo, la evolución que tuvieron las repercusiones sobre el tema de la renuncia a la vicepresidencia —no porque uno tenga que creer que todo lo que hace la opinión pública está bien, yo no soy de los que cree eso, pero de todas maneras para quien hace política es importante saber lo que piensa la opinión pública— y van a ver que en un principio hubo una alta estima o apoyo a la idea y al gesto, y que esto fue decreciendo hasta que sus niveles de reconocimiento público actuales estén bastante bajos. Es decir, que hay ciertos temas que hacen al interés público, que es el interés del público, que no pueden ser resueltos consultando con la almohada; hay ciertos temas que de repente nos comprometen más allá de nuestra propia voluntad. Hay ciertos momentos cuando uno afronta una carrera política —que es el caso más especial de compromiso público que hay— que uno no puede decir: “Me cansé y me voy”; puede decirlo, pero es muy difícil que a partir de ese decir pueda reconstruirse luego un nuevo horizonte en la política. Ojalá yo me equivoque, pero la verdad que lo que les quiero transmitir es mi preocupación. Porque siendo como soy, alguien que considera tan importante las aportaciones que Chacho Álvarez y el Frepaso hicieron a la política argentina; habiendo sido yo también alguien que en la medida de sus posibilidades trabajó tanto para la construcción de la Alianza como forma de gobierno, estando yo también muy perplejo por lo que está pasando —como debe es-

tar la mayoría de los que votamos a la Alianza—, que de repente alguien diga me voy, me crea inquietud, me crea bastante perplejidad y quiero por esto transmitírselos. Obviamente, si no hubiera ocurrido esto, hubiera entrado directamente a comentar las ideas de Chacho, pero me parece que es de elemental sinceridad con ustedes que les plantee primero esta pregunta. ¿Con quién estoy hablando? ¿Con quién estoy discutiendo? Me interesaría muchísimo poder saberlo.

Las dos exposiciones de Chacho en realidad bordean lo que aparece como el tema de la exposición de hoy, esto es, “La crisis política argentina en el marco de la globalización”. Allí, lo que aparece permanentemente son intentos de responder a las preguntas que recién se formulaban acerca de qué posibilidades hay en la sociedad argentina de constituir desde el Estado una política de tipo progresista, dadas todas las cuestiones que sabemos que existen. Ésta es una pregunta que todavía no sabemos contestar, porque la verdad es que si nos quedamos en los acontecimientos del día a día, nos quedaremos también con una respuesta frustrante. Yo creo que podríamos explorar maneras en que esto no fuera necesariamente así. Y es lo que Chacho trata de desarrollar en sus exposiciones en donde marca, sin mucha fuerza, más las restricciones que las potencialidades, lo cual no está mal porque es un reconocimiento fuerte de los límites que la situación plantea. En ese sentido, la misma constitución de la Alianza intentó ser una respuesta política a un fenómeno como el menemismo en el poder durante una década, que había producido transformaciones estructurales en nuestra economía, en nuestra sociedad, en nuestra cultura. Transformaciones —una modernización conservadora, como Chacho llama por ahí, es una buena calificación de lo que sucedió— que efectivamente dio lugar al punto final de un ciclo largo de la vida argentina y al punto de partida de otro. En ese sentido, la presencia de Menem significa un corte con el tipo de sociedad que había comenzado a construirse alrededor de los años treinta, que se ha conservado en los años cuarenta, cincuenta, y sesenta, y que empieza una larga decadencia desde los setenta, pero que nunca había terminado de quebrar. Una sociedad caracterizada por una economía autocrizada, protegida, basada en una industrialización sustitutiva de importaciones con fuerte apoyo del Estado. Que a partir de eso había construido también algunos mecanismos de redistribución de los ingresos, construyendo así una suerte de Estado Social que desde los años setenta empieza a entrar en crisis, pero que nunca se había desmantelado en su totalidad. Si alguien sostiene que el golpe de Estado de 1976 fue un simple instrumento para implantar en la Argentina un modelo diferente al anterior, dice la verdad, pero sólo una parte de la verdad. Martínez de Hoz no aplica en profundidad el modelo económico alternativo a ese modelo anterior; de hecho, se siguen nacionalizando empresas, hay un proceso de desindustrialización y nada más; no se privatiza nada. En realidad, el gran

cambio del modelo económico se produce en el gobierno de Menem, en donde efectivamente la Argentina se coloca de esa manera como parte de un proceso general de globalización, que también en esos años tiene su instalación en el mundo.

Ese modelo menemista —que no es solamente un modelo económico, sino que también es un modelo social, cultural e institucional— se agota en un momento determinado; se agota en su capacidad de generar consensos desde arriba, desde el Estado. Se abre la posibilidad de un cambio que va a dar lugar a la oportunidad de aparición de la Alianza. La Alianza quiere aparecer como una forma de alternativa al modelo anterior, no sólo de una pieza que pueda justificar la alternancia en el poder de distintas fórmulas políticas, sino que esa alternancia significa algo así como una alternativa. Ustedes saben que es muy difícil pensar en grandes alternativas históricas, sin pensar en poderes sociales o en bases sociales que las constituyan; por ejemplo, la alternativa que significó el menemismo, no podía haber sido construida sin esa suerte de base social que el menemismo se dio a sí mismo; una especie de alianza que pudo capturar electoralmente a los sectores más pobres de la población con los sectores más ricos, que pudo articular a los sindicatos con el poder trasnacional.

Si nosotros planteamos una alternativa a dicha alianza, de hecho —y esto es un ítem que dejo un poco al margen para ver más adelante— tendríamos que plantear qué base social distinta le íbamos a proponer como estructura de poder a la sociedad, y eso ya nos planteaba un problema. Nos planteaba un problema que derivaba de las dos fuerzas fundamentales que iban a confluir en la Alianza. Una es la UCR, que es un partido centenario, invulnerable a las crisis, de alguna manera; ha pasado por innumerables crisis y siempre ha salido de alguna forma; con enorme extensión territorial, pero con un diálogo nulo con los factores reales de poder en la Argentina; no sólo con los factores de poder real, sino de poder virtual; es decir, no tiene relación con las grandes empresas, no tiene relación con el gran capital trasnacional, no tiene relación con las fuerzas sindicales. Es un partido de ciudadanos que votan, pero no de fuerzas sociales que hacen política todos los días.

El Frepaso no era otra cosa que una especie de desprendimiento celular, nunca logró fragmentar al peronismo, que eso hubiera sido una gran tarea histórica. El Grupo de los 8 aparece con la idea de que en nombre de los valores originarios del peronismo, se proponía confrontar a quienes adulteraban esos valores originarios a favor de un programa conservador-liberal y reconstruir un nuevo peronismo; esa era la idea. Eso no sucedió, y el Frepaso se convirtió en una especie de competidor por el electorado del radicalismo; es decir, dos fuerzas bastante parecidas, sin bases sociales muy firmes ninguno de los dos, que competían por un mismo electorado. Esta situación ya se advirtió en las elecciones de 1995; si uno sumaba los votos

de Bordón con los votos del radicalismo, la elección estaba más o menos empatada. Es decir, mostraba que había una oposición fragmentada en donde una vez parecía que el Frepaso tuviera más, y otras veces podría ser que el radicalismo tuviera más; con el temor para el radicalismo de que la peor parte la iba a llevar él. Era una posición fragmentada que iba a transformar la política argentina en una recurrente historia de triunfos del Partido Justicialista; un poco a la mexicana, por lo menos a la mexicana hasta la última elección. Es decir, un sistema de partido predominante, en donde hay otros partidos, hay juego electoral, hay juego democrático, pero donde siempre gana uno, ya se sabe, porque la oposición está dividida.

Entonces, ese cuadro de situación yo creo que se advirtió, que si se quería ser un partido de alternancia, la división que existía entre el radicalismo y el Frepaso iba a imposibilitarlo por muchísimo tiempo, y que para poder construir un sistema político de alternancia en la Argentina había que aliarse. Ahora, esto nos da como resultado una coalición electoral que en los cálculos que se puedan hacer permite predecir si se van a ganar o a perder las elecciones. Como les decía, ya desde los cálculos de 1995 uno podía suponer que esa coalición electoral no iba a tener demasiados problemas para ganar las elecciones, porque era de calcular un desgaste del régimen de Menem, y luego toda la propia dinámica de esa cosa obscena casi de la reelección, lo iba a cubrir otra vez de oprobio al régimen. Eso iba a generar divisiones en el propio peronismo, como sucedió. Que se iba a minar y erosionar las bases de la hegemonía del poder menemista y que por lo tanto electoralmente no era difícil, para nada difícil, sino que era altamente probable que una coalición de esas fuerzas triunfara, y se demostró en las elecciones de 1997 donde efectivamente esa coalición triunfó. Así se llega a las elecciones presidenciales y hay un triunfo de la Alianza, pero ahora viene el otro problema: cómo, además de una alternancia, consigue una alternativa. Ésa es la pregunta que está implícita en las intervenciones de Chacho y que no tiene respuesta de parte de él, ni esperen ustedes que la tengan de parte mía, porque la verdad que es bastante débil.

Como coalición electoral, más allá de que pudiera o no transformarse en alternativa de poder, eso ya tenía un problema. Problemas referidos a que en la Argentina no existe memoria de coaliciones; el sistema de las coaliciones, en realidad, es un sistema mucho más apto para los regímenes parlamentarios o semipresidencialistas que para los regímenes presidencialistas. Por eso, ustedes verán que en Europa es muy común la formación de coaliciones y que en países de América latina es más difícil; ¿por qué?: porque aquí hay una figura, que es la figura presidencial, que ocupa un lugar demasiado importante en el imaginario de la sociedad y en la ejecución en concreto de las políticas. Teníamos sin embargo una coalición cercana que podía haber servido de ejemplo, pero que lamentablemente no lo fue: es el caso chileno. El caso chileno es el de una coalición bastante parecida

en ciertos elementos ideológicos a lo que puede ser la Alianza en la Argentina. La concertación chilena está formada como ustedes saben por el Partido Socialista y la Democracia Cristiana; es decir, un partido de centro y un partido de centro izquierda. Porque ni el Socialista ni el Frepaso son partidos de izquierda dentro de los términos tradicionales, sino más bien de centro izquierda; de centro, que mira hacia la izquierda. Y el radicalismo es un centro que mira hacia la derecha. Y funciona esa coalición en Chile; funciona porque desde un principio hubo reglas muy claras: se constituye un gobierno, que no es un gobierno de tipo parlamentario, que es un gobierno de tipo presidencialista como el de acá, pero en donde la interacción de los partidos está pautada. Quiero decirles, por ejemplo, que a ningún observador de la vida política chilena contemporánea se le ocurriría pensar que el presidente Lagos o Frei o el actual podría producir, sin consultar con los partidos, una crisis de gabinete como la que finalmente llevó a la renuncia de Álvarez. Esto es impensado en un régimen de coalición al estilo chileno en donde efectivamente, teniendo el presidente el poder que tiene y que le otorga la Constitución, sin embargo se supone que hay una estructura de coalición entre los partidos. Acá, eso no funcionó nunca. Es verdad que los pesos relativos de los partidos en función del gobierno tienen también su influencia sobre esto; ¿qué les quiero decir?: que en términos de cuadros para ocupar los aparatos del Estado es muy probable que socialistas y demócratas cristianos en Chile tengan más o menos la misma proporción, y que esa relación no es la misma entre el Frepaso y el radicalismo. Concretamente, cuando hay que juntar 2.000, 4.000, 5.000 cargos públicos en un país, es muy probable que la proporción de radicales que vaya sea mucho mayor que la de los miembros del Frepaso. Fuera de esto, me parece que hubo una falta de voluntad política para que esta coalición funcionara, es decir, que una vez transformada de coalición electoral en coalición de gobierno ya tenía problemas, mucho más los va a tener cuando quieran devenir siendo coalición de gobierno en una coalición alternativa al gobierno anterior. Ahí, Chacho da una muy realista explicación de todo esto y coincide mucho con los que pensamos que hemos vivido también este fenómeno.

La Alianza había planteado dos objetivos, o se había presentado ante la sociedad con dos propuestas: una era una propuesta más bien vaga de cambios económicos; digo más bien vaga porque se insistía en la discusión del modelo, pero nunca estuvo demasiado claro qué es lo que había que dejar, qué es lo que había que sacar. Algunos elementos de lo que llamábamos el modelo quedaron muy firmes, como por ejemplo el tema de la convertibilidad. Pero se suponía que siendo módica la propuesta económica, sin embargo implicaría alguna preocupación mayor por los problemas o emergencias sociales. La otra propuesta, que podríamos llamar una propuesta republicana o institucional, era para tratar de terminar con lo que

había caracterizado al régimen menemista, tanto como su política económica, que eran los enormes niveles de corrupción institucional que se habían acumulado en ese gobierno. Frente a estas dos promesas, la Alianza, ya gobierno, nunca tuvo políticas firmes.

En lo económico, vaciló permanentemente, constreñida por un pecado de origen, que también enmarca muy bien, el problema de quién puede ser Ministro de Economía en las condiciones actuales de la economía mundial en un país como la Argentina, y que de alguna manera nos lleva a este final con Cavallo.

La Argentina es un país extremadamente vulnerable, y esto tiene que ver con las consecuencias de la globalización en la política argentina. El fenómeno de la globalización es un fenómeno que irrumpe en el mundo, que inunda el mundo en la década del noventa. Tiene una cantidad de condicionantes de tipo económico, de tipo tecnológico, científico-tecnológico, pero también de tipo político. Empieza en la década del noventa porque 1989 es el fin del Imperio Soviético. Es la estructura de un mundo políticamente unipolar. Económicamente unipolar ya casi lo era, porque la propia economía de la Unión Soviética daba tumbos; ésa es una de las razones por la cual entra en colapso. Esto se va a acentuar a partir de dos fenómenos: uno, de tipo económico, que es el pasaje de la hegemonía de una fracción del capital mundial a otra; el pasaje de la hegemonía del capital industrial al capital financiero por un lado. Por el otro lado, la revolución, la transformación científico-tecnológica que permite esta revolución de las comunicaciones, que más que ser el fin de la historia es el fin de la geografía; es decir, donde ya no parece haber fronteras en los movimientos económico-financieros que se dan entre países con la velocidad del tiempo real. En ese sentido, el mundo atraviesa hoy una etapa de globalización, sobre todo de sus finanzas, como nunca existió. Es verdad que procesos parecidos a los de la globalización han existido en otros momentos; de hecho, el capitalismo como sistema tiende a la globalización, y hubo momentos en donde alcanzó grados de universalización muy altos, como por ejemplo hacia finales del siglo XIX y hasta el fin de la guerra de 1914. Efectivamente, si uno analiza ciertos indicadores como el flujo de mercancías y de producción, va a encontrar indicadores de movimientos de capitales, de personas, etc. Nosotros somos un producto de eso como sociedad. Desde la década del treinta hasta los años setenta, el péndulo giró para otro lado, y entonces aparecen las economías autocentradas; otra vez el refugiarse en políticas interiores proteccionistas, etc. De ese movimiento del péndulo es que va a surgir la Argentina actual, la Argentina moderna. Nosotros vivimos sin embargo fuertemente la primera etapa de la globalización, esa etapa de la globalización del siglo XIX hasta los años veinte del siglo pasado. A nosotros en esa etapa de la globalización nos fue relativamente bien; esa etapa que se inicia con la generación del ochenta y todo

lo que vino después, que es la construcción de la Argentina moderna. Nos ubicamos en los nuevos equilibrios del mundo moderno bastante bien, nosotros, con Canadá, con Australia, con Nueva Zelanda, con Uruguay, con países —a escala cada uno— que se ubicaron en el mercado mundial ofreciendo bienes que eran interesantes para el mercado mundial. En momentos en que en los países centrales se acometía un proceso de industrialización muy acelerado, era necesario bajar los bienes salarios; para bajar los bienes salarios era necesario importar alimentos de países que los produjeran a costos más baratos. La Argentina aprovecha esa situación y se estructura una alianza entre capital extranjero y productores locales. En realidad, la burguesía nacional argentina era la oligarquía terrateniente; ésta es la verdad. Se hace una alianza entre esos sectores locales y el capital extranjero, que invierte en comunicaciones, en puertos, en todo lo que era necesario como infraestructura para esto. Incluso se produce con el tiempo un derrame hacia otros sectores de la población, y la Argentina tiene un momento de crecimiento; era el país de América latina con mayor clase media. Hay una expansión de los sectores medios que tiene que ver con lo que resulta de esta adecuación exitosa a aquel modelo de globalización.

Este actual modelo de globalización, por el contrario, a la Argentina no le deja lugar, o tiene que ingeniarse demasiado para tener algún lugar. La Argentina, en este modelo de globalización, es un país deudor cada vez más deudor. Los bienes que ofrece al mundo no tienen ningún interés. Compiten con los de Estados Unidos que no sólo no necesitan de nuestros granos, sino que más bien hace *dumping* cuando puede, porque tiene también exceso y porque protege a sus agricultores. Y también con estos bienes primarios hay competencia con Europa, que hizo una revolución agrícola y ya no depende de nosotros; por el contrario, subsidia de una manera tremenda a sus propios productores. En relación con esta cuestión de los subsidios agrícolas en Europa, cierta vez mantuve un diálogo con un político socialista progresista de Francia: “Ustedes saben que Francia aplica a la agricultura subsidios monumentales que si nosotros aplicáramos eso a la industria nos matarían”, y este hombre, que es la visión local, lo dijo con toda claridad: “Nosotros hacemos esto porque no queremos tener villas miseria en las orillas de nuestras ciudades”, es decir, la política que ellos hacen es para impedir el éxodo campesino, para mantener equilibrios sociales en su interior. En ese sentido, la Argentina tiene un lugar muy difícil de ubicación dentro del mundo. No aparece como una potencia que pueda transformarse por ejemplo en un enclave exportador al estilo de algunos países del sudeste asiático, cuando en algún momento se pagaban salarios de un dólar por mes. Pese a todo lo que se pueda deprimir el costo de la fuerza de trabajo, hay un nivel histórico que mucho más debajo de eso no se puede ir. Es muy difícil que se transforme en un país competidor desde el punto de vista del costo laboral.

De modo que habrá que imaginar –y esto es una de las tareas– de qué manera uno se puede integrar dentro del mundo actual; qué rubros, qué tipo de productos son los que pueden hacer posible una integración más o menos exitosa de la Argentina. No es una tarea que uno pueda dar por hecha, es algo que efectivamente exige mucha imaginación y mucho estudio. Así defiende esa relación con la globalización, la Argentina hoy es un país deudor. ¿Por qué la Argentina es un país deudor? Porque efectivamente gasta más de lo que recauda; es verdad que hay un problema de fondo que es el déficit fiscal, y de hecho el crecimiento exponencial de la deuda externa en la Argentina ha tenido que ver con el financiamiento del déficit público, la manera de financiar el déficit público, que fue muy grande en la segunda presidencia de Menem.

En esta ecuación se planteó uno de los primeros intentos por resolver la problemática económica por parte de la Alianza, intento que fracasó. Si el problema es éste, si el problema es el déficit fiscal, se planteó primero resolver el tema del agujero fiscal. Esto es verdad, para que la Argentina pueda adquirir cierto nivel de autonomía en el mundo tiene que bajar su nivel de vulnerabilidad externa. No puede ser un país autónomo debiendo tanto; un país que debe lo que debe la Argentina no se puede permitir ciertos gestos arrogantes.

Partiendo de otra idea, que es bueno ponérsela en la cabeza, sería peor que la Argentina no pague la deuda, porque efectivamente, si la Argentina entra en quiebra, entra en default, entra en el no pago de la deuda; las consecuencias pueden ser gravísimas, y no para los sectores más poderosos de la sociedad sino para los sectores más pobres de la sociedad. En esas condiciones se plantea este análisis que dice, bueno, vamos a ver cómo podemos resolver el tema del equilibrio fiscal, y ahí viene toda la llamada política del círculo virtuoso que encara Machinea, que luego de manera más brutal va a encarar López Murphy, y que Cavallo, que empezó diciendo otra cosa, lo está haciendo ahora. La política del círculo virtuoso es: tratemos de acotar en lo posible el déficit fiscal para que a partir de ese orden en nuestras cuentas, nosotros podamos acceder a una consideración que baje el riesgo país. Fijense, a principios del gobierno de De la Rúa se partía de este objetivo; se creía que se iba a conseguir, mediante algunas medidas de ordenamiento fiscal, el llamado “grado de inversión”, que quiere decir que nos prestan unos puntos más que la tasa de Estados Unidos, cosa que creo tiene México y Chile en América latina. ¿Por qué les digo todo esto?: porque, efectivamente, esa política, que enajenó una buena parte del capital simbólico de la Argentina a través del aumento de los impuestos, de la quita de salarios de los estatales, etc., sin embargo, de ninguna manera resolvió el problema. Ahí plantea Chacho Álvarez este tema de hasta qué punto los mercados manejan las políticas locales con esto que llaman la reputación de los economistas. Éste es un tema verdaderamente impor-

tante; cuando la reputación de los economistas está en discusión, todo se hace muy difícil; lo cual no quiere decir la inversa, y ése fue el gran error de Cavallo en esto últimos tiempos: que baste sólo con la reputación de los economistas. Fijense cómo Cavallo manejó esto: como yo tengo alta reputación —y es verdad que la tiene— puedo decir que no me ocupo del déficit fiscal, yo puedo “ningunear” al FMI, yo puedo decir que los “brokers” de Estados Unidos son todos una suerte de imberbes que miran las computadoras, etc., etc., ¿por qué?: porque yo tengo reputación internacional. No le duró mucho esto; tuvo que bajar en buena medida todos estos gestos arrogantes, y finalmente hace un impuestazo que es más alto que el de López Murphy, que hablaba de dos mil millones de dólares, mientras que ahora se plantean cuatro mil millones de dólares. De todas maneras, la capacidad que la Alianza fue generando en el gobierno en términos de todas estas restricciones para ser una política de alternancia, de alternativa, fue cada vez menor. En el término de año y tanto de gobierno de la Alianza, advertimos que no sólo no se tocó ninguna de las características del modelo anterior, sino que muchas de ellas se fueron agravando. No vale la pena que aquí las resuma porque las tenemos delante de nuestros ojos.

Quedaba lo otro, el otro objetivo de ordenamiento institucional y republicano que se había propuesto la Alianza, que era más bien algo más simbólico y menos material. Pero no sólo simbólicamente, porque yo creo que en países como la Argentina las reformas institucionales tienen un valor material muy importante, no sólo de lucha moral contra la impunidad, la corrupción, o lo que fuera, sino también como lucha institucional por instaurar una república que acá ha sido tergiversada por décadas. Estas reformas no hubieran tenido costos económicos tan grandes, era cuestión de decidirse con audacia a romper con una estructura de formación del poder político-institucional en la Argentina que se había aceitado mucho en los años del menemismo, pero que podía romperse; entre otras cosas, porque si había sectores del partido mayoritario de la coalición que estaban cómodos en esa situación de negociación permanente y espuria con el peronismo, había otros sectores que no. Por lo tanto podía establecerse desde el interior de la Alianza una suerte de cruzada política que tuviera una lucha institucional fuerte contra la corrupción, que hubiera atacado el tema de la justicia, que hubiera tomado en serio el tema de la reforma política, que hubiera tomado en serio el tema del Senado, etc. Esto no sucedió, o cuando sucedía algo, inmediatamente se sofocaba de otro lado; aparecían iniciativas que luego no se concretaban en la realidad y este capital inicial también se fue dilapidando.

Llega un momento en que uno también se hace la siguiente pregunta: ¿todo esto sucede porque hay miopía por parte de quienes están encargados de dirigir el proceso político?, puede ser. Evidentemente, para una situación tan difícil como la situación de la Argentina parece que los rasgos

de personalidad del actual Presidente de la República no son los más aconsejables, pero yo creo que el tema no puede agotarse allí. Yo les recordaba recién que tratar de formular una política de alternativa implica tener basamentos sociales fuertes, es decir, una coalición política que quiera ser alternativa, tiene que ser también una gran coalición social, y a mí me da la impresión que por distintas razones en nuestro país, las bases para la construcción de una coalición social, de cambios, de avanzada, progresista, etc., están dificultadas. Pienso, por ejemplo, en el poder social que podrían producir los sindicatos o los trabajadores organizados y lo veo como muy difícil de articular alrededor de una política de cambio en la Argentina. Si yo quiero pensar en algo parecido a una burguesía tipo paulista, no la encuentro en la Argentina. No veo grandes fuerzas sociales que puedan sostener seriamente una coalición ideológica de centro izquierda, o por lo menos no las veo todavía.

Distinto es también ahí el caso chileno, que es una coalición que tiene detrás de sí fuerzas sociales y que tiene por lo menos la capacidad de articular un discurso más o menos coherente, porque tiene una derecha muy clara políticamente enfrentada. Acá, nosotros tenemos una situación —también hace referencia a eso Chacho— de partidos ideológicamente bastante híbridos con un perfil llamado nacional y popular que no quiere decir mucho; se parecen bastante cada uno al otro, pero no tanto para que ese parecido suponga una sinergia que le dé más fuerzas, sino que es un parecido simplemente casi anecdótico. No tenemos un sindicalismo que pueda apuntar a una política de cambios o, por lo menos, no tenemos la facilidad de tener una relación con ese sindicalismo. No tenemos una burguesía; la burguesía argentina ha sido siempre desde sus orígenes una burguesía rentista. Fue en esos momentos de gloria, de fines del siglo XIX, donde la renta diferencial era lo que permitía que la Argentina se integrara de esa manera al mundo; la pampa húmeda tenía una productividad muy alta y por lo tanto se vivía de las rentas de esa riqueza. Siguió siendo rentista en la época del proteccionismo económico de los años treinta, cuarenta, y cincuenta, donde no asumía riesgos, vivía de los subsidios del Estado, vivía de la protección. Y bueno, sigue siendo rentística ya hasta el descaro en esta época del capital financiero. Acá se han producido procesos de extranjerización de nuestras industrias no sólo por venta de los activos estatales, sino por transferencia de los activos privados, es decir, capitalistas nacionales de larga trayectoria en la industria de la alimentación, por ejemplo. Esto fue tremendo, extranjerizaban todos sus bienes para luego comprar caballos de carrera, etc.

Si nosotros nos damos cuenta de que un porcentaje altísimo, no fácilmente cuantificable, de la llamada deuda externa argentina está en manos de argentinos, nos vamos a dar cuenta de cuál es el proceso que se vive en este país. Es decir, ustedes saben que buena parte de la deuda externa ar-

gentina está en manos de argentinos; si este país tuvo un éxodo de capitales que se calcula en alrededor de 150 mil millones de dólares —el monto de la deuda externa argentina más o menos— estamos viendo también de qué hablamos. Hablamos de una burguesía inexistente desde el punto de vista de la posibilidad de transformarse a la manera brasilera en un soporte importante de una política de cambio. Entonces, cuando uno dice ¿por qué se llega a Cavallo?, yo digo, en un cuadro así, la llegada de Cavallo no es lo peor que nos pudo haber pasado; para mí, lo que muestra la idea de Cavallo, y también lo muestra con dificultades, es la imposibilidad o la enorme dificultad de estructurar una coalición de centro izquierda o progresista, o lo que fuera, en la Argentina, sin abrir las puertas para el centro derecha.

Esto, en un régimen de tipo parlamentario, se conserva con más facilidad. Si piensan por ejemplo en Europa, allí se configura una estructura desde el parlamento; en la composición del gabinete ministerial aparecen otras fuerzas. Por ejemplo el caso alemán: el Partido Liberal a veces está con la democracia cristiana y otras con la socialdemocracia; entra y sale de los gobiernos y aparece como un elemento de equilibrio de la vida política en general. En ese sentido, creo que no nos tendríamos que rasgar las vestiduras. Me parece que es como el reconocimiento de que hay ciertas imposibilidades en la política argentina para ciertas políticas en las condiciones actuales. Quiero decir, estamos dando por descontado todo este fenómeno de restricciones que plantea la ubicación de la Argentina en el mundo y su carácter de país vulnerable y deudor. De modo que digo que, en ese sentido, no me plantearía serios problemas. Pero sí me planteo problemas cuando veo que esa recepción que se produce con una figura como la de Cavallo, se da con tan pocos resguardos para la identidad propia de la Alianza, a tal punto que uno puede decir que la Alianza ya no existe, que está absolutamente copada por el fenómeno Cavallo.

Cavallo se permite hoy decir: yo voy a hacer alianza con el Partido Justicialista en la provincia X o alianza con la UCR en la provincia Z, o alianza con el otro partido, etc. Produce una situación completamente desconcertante para la política argentina donde en estos momentos el país parecería tener un régimen semipresidencialista o semiparlamentario —como quisieran verlo— sin serlo en realidad. En donde el presidente de la República es como el presidente de la República italiana, es decir, alguien que va a las conmemoraciones; el primer ministro es el ministro de Economía. Esto está funcionando de hecho y no de derecho. Yo sostengo que esa discusión es constitucional, es una discusión que Alfonsín quiso plantear en 1995 y salió ese híbrido de jefe de Gabinete. Creo que es una discusión que en la Argentina se puede plantear con bastante seriedad en los años que vienen, porque me parece que vamos a una situación política donde no va a haber grandes mayorías, y en donde el mejor lugar de legitimidad para la composición de los

gobiernos puede ser el Parlamento. Y ahí sí los gobiernos de coalición tienen sentido, ahí ya entramos en un camino completamente distinto al de esta hibridez en que hemos entrado: un gobierno de coalición que no es tan gobierno de coalición, una mezcla de régimen presidencialista que no es presidencialista, porque en realidad está gobernado por el ministro de Economía que es un poco el cuadro de la situación actual.

En este contexto, me parece que las actitudes de Álvarez no ayudan, a menos que efectivamente digamos que esto no da para más, mejor que se disuelva y empecemos todo de vuelta con otra cosa. A mí me produce problemas esto de abandonar la partida pero quedándonos a mitad de camino, esto es, si decimos yo me voy, pero el otro se queda, seguimos siendo una coalición, pero éste es un gobierno desastroso. Lo único que generamos es un vacío que el único que puede llenar efectivamente es Cavallo, ¿por qué? Porque tiene más o menos una propuesta económica, porque puede ser que algo mejore la situación —no estoy tan confiado— porque juega fuera de la coalición, juega dentro del Gobierno pero fuera de la coalición política, juega como un líbero y por lo tanto da la sensación de un vaciamiento absoluto que no llega a su fin. Cuando Álvarez dice: “Yo me voy, pero el resto se queda”, la verdad que no entendemos. Entendemos todo lo que él dice, y que yo traté de resumir en sus lineamientos generales como crítica a la Alianza, como críticas a las expectativas que la Alianza generó y que finalmente no cumplió. Pero no lo entendemos cuando él mismo se retira de toda posibilidad de cambio; lo que tácitamente nos está diciendo es que nada de esto es posible, o por lo menos yo no quiero comprometerme en algo que creo que no va a ser posible.

Yo creo, sin embargo, que la Argentina está en vísperas de hechos muy, muy serios. Yo creo que este tema del lavado de dinero y este tema del juicio de las armas ya han adquirido una inercia de funcionamiento tal que puede ser que nosotros estemos en vísperas de un *mani pulite* general. No sé si va a ser posible parar esto que está en marcha, y es muy serio ya que es como colocar en el banquillo una manera de vivir la relación entre política y mercado, entre política y economía en la Argentina de los últimos años, mucha gente puede quedar manchada, es decir que pueden abrirse a partir de esto fenómenos como el del *mani pulite* italiano que pueden terminar en reacomodamientos políticos, transversalidades, en fin, algo que todavía no tenemos demasiado claro. Si lo de Chacho es una forma de tratar de ubicarse dentro de esta posibilidad, bueno, ojalá que esto sea así; implicaría una voluntad de recolocarse dentro de la política. Si no lo es, para mí sería lamentable porque yo creo efectivamente que estamos en vísperas de la posibilidad de que se produzcan cambios, y una figura como la de él sería muy importante que estuviera dentro de esto.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la persistencia de ciertas prácticas en la cultura política argentina, incluidos la Unión Cívica Radical y el Frepaso.

Respuesta: Si uno toma la cultura política argentina ve que es una cultura bastante mediatizada por el clientelismo, por la idea de que cuando uno entra al Gobierno se tiene que quedar con los cargos públicos; es montar alrededor del aparato del Estado toda una serie de mecanismos de supervivencia de la propia política, y eso es muy fuerte en la UCR, sin ninguna duda. El Frepaso también se nutrió de eso, porque no salió de un pollo, sino que se formó con gente que venía de otros lados; en muchos casos repitió también esas costumbres, por ejemplo, en el manejo de los planes Trabajar. Es decir, que tampoco el Frepaso estuvo libre de esa lacra de constituir a la política en una especie de negocio. Creo que estas prácticas son una lamentable tradición argentina. No obstante, si desde el Estado se postula con fuerza y se promueve una política de cambio, y se coloca eso como un horizonte fundamental, yo creo que se puede cambiar. Me parece que no ha habido voluntad política para cambiarlo; nos hemos acostumbrado a funcionar de una manera y seguimos funcionando de esa manera, sin advertir que acá hay todo un problema, que es el famoso tema del costo de la política. Pienso que al respecto se dicen muchas mentiras y muchos argumentos sobre los cuales hay que tener cuidado. Porque cuando dicen que se gastan 20 mil millones de dólares en la política, entonces dicen: no, no gastamos nada, aquí ponemos a un rey y a un primer ministro y desmantelamos el Estado. No tiene sentido esa discusión, pero es verdad que el financiamiento de la política tiene que ser cambiado, que la relación entre política y economía tiene que ser absolutamente modificada, y que eso no es imposible de hacer. Si se planteara hacer eso, solamente encontraría resistencia en los propios políticos que no quieren el cambio, pero no habría estas enormes restricciones que plantea la economía mundial para cambiar el modelo económico. Si eso no se hace es porque no se quiere, y al no querer hacerlo ocurre lo que está pasando ahora, esa deslegitimación absoluta de la política por parte de la gente, que es además alentada por quienes no quieren que haya política y que encuentran un caldo de cultivo extraordinario en la incapacidad que la corporación política tiene para reformarse, para cambiarse. Todo eso no depende tanto de la tradición de los partidos, sino que depende de que no hay voluntad política. Yo creo que esta es una batalla que Álvarez podría haber seguido dándola desde el Gobierno, porque acá no chocaba con el FMI, acá podía conseguir alianzas con sectores del propio radicalismo, acá podía movilizar a la opinión pública alrededor de este tema. Ésa es una batalla que se dio por pérdida de antemano, y yo creo que ahora sí está perdida; ahora ya nadie

habla sobre el tema, ni de la reforma política de Storani. Hay un proyecto que debe estar en el Senado; imagínense lo que puede pasar ahí. Entonces, otra oportunidad perdida. Sigo creyendo que acá puede haber precipitantes, que esta situación es una situación que no puede durar mucho y que puede haber consecuencias por el lado de estos procesos judiciales. Puede ser que ahí se carguen las pilas y que vean que si no cambian les va a pasar la aplanadora por encima.

Pregunta: Sobre la posibilidad de creación de una nueva coalición política.

Respuesta: Es muy difícil responder sobre esa posibilidad y sobre quiénes serían los protagonistas y en cuánto tiempo. Si vemos este proceso de descomposición que la coalición actual del Gobierno tiene, que la Alianza tiene, vemos también lo que aparece afuera como posibilidad de recambio. Vemos a un peronismo que está absolutamente dividido en dos o tres, con enormes dificultades de recomponer un liderazgo único, que cierta ala del peronismo –la menemista– se ubica a la derecha más derecha como respuesta a los problemas políticos argentinos. Si vemos quiénes aparecen como contestatarios desde la izquierda de la Alianza, ¿qué vemos? Partidos o grupos como los que encarna la diputada Carrió, que creo que cumple un papel importantísimo dentro de este destape general, de este proceso de *mani pulite* que tiene que venir en la Argentina. Respecto a estos grupos, yo los veo hasta ahora –por lo que escucho o lo que dicen– como más apocalípticos que transformadores; no sé qué harían, es decir, que hablan de lo que debe ser destruido pero no de lo que debe ser construido. Si volvemos a pensar en la política como una ecuación que resulta de coaliciones sociales, no sé en qué sectores se apoyarían. Los veo más como un partido de la virtud, como un partido del testimonio, como un partido de la denuncia, pero no como un instrumento que pueda institucionalizar o transformar. Lo mismo pasa con Farinello, con esas formas de expresión que más bien no recogen actores sociales, como yo digo en algún lado, sino a víctimas. Una sociedad cuando no tiene actores y sí tiene víctimas es una sociedad donde es muy difícil pensar en una recomposición. Su pregunta a mí me encuentra con dificultades para responderla. Es muy probable, si yo tengo razón, que se produzcan ciertos acontecimientos que puedan mover muchísimo el tablero y que a partir de allí surjan fórmulas. No veo fórmulas extrainstitucionales. Pero usted me puede decir que puede venir un Chávez; no lo veo, no me parece. Sí puede haber recomposiciones políticas sobre la base de lo que hay actualmente, o puede surgir algo. Pero cuando uno opina desde afuera, no puede predecirlo.

Pregunta: Sobre una más activa participación ciudadana.

Respuesta: El tema es el siguiente, cuando uno se une, se une alrededor de algo: ideas, personas, estructuras u organizaciones. Esta discusión es bastante importante actualmente y tiene que ver con la relación entre la sociedad civil y la política. Acá hay gente que dice por ejemplo: en realidad la política entró en crisis porque no escucha demasiado a la sociedad civil, y yo creo que no es así. Si tuviera que ponerle una frase efectista, diría que casi es al revés: la política está en crisis porque está demasiado a la cola de la sociedad civil. La política, para que tenga sentido, tiene que estar avanzada respecto a la sociedad civil. La política tiene que encarar un proyecto cultural, político e ideológico de avanzada sobre la sociedad civil; tiene que dirigir a la sociedad civil, porque la sociedad civil ¿qué es? Es una masa facciosa corporativa en donde uno piensa una cosa, el otro piensa otra; no es un lugar ideal de reconciliación. Es el lugar de los conflictos, de los intereses, es un lugar fácilmente manipulable, es un lugar donde la opinión pública es lo que los dueños de los medios quieren que sea. Entonces, bienvenido que los políticos tengan un oído sobre lo que piensa la sociedad, que escruten, que escuchen; pero lo importante es que estén un paso adelante. La emergencia de la sociedad civil es lo que en la política italiana de los años cuarenta y cincuenta, se llamaba el "qualunquismo", el *uomo qualunque*; yo soy el hombre del montón, las ideas del hombre del montón son fascistas porque son autoritarias. Desconfiemos del hombre del montón, pensemos más en cómo la sociedad y la política pueden articularse de una manera diferente, pero no creamos en que hay una cosa mesiánica desde la sociedad y una cosa perversa desde la política; sería un error complicado. Creo que la corporación política ha cometido enormes errores y tiene que ser enjuiciada por esos errores, y, sobre todo, por ese error de transformarse en una especie de estamento dentro de la sociedad. Pero la política y los partidos políticos son imprescindibles porque si no se crean otros iguales que repiten los mismo vicios.

Pregunta: Sobre la construcción de una democracia participativa.

Respuesta: Yo creo que uno tiene que plantearse como horizonte el de ampliar los márgenes de participación dentro de la democracia; de eso no cabe duda. Y no sólo dentro de los propios instrumentos de la democracia política, sino en lo que podíamos llamar formas de democracia social, o formas de democracia económica, inclusive. Es decir, propugnar la participación en todo tipo de instituciones, incluso a nivel de empresas, como sucede en algunas sociedades europeas como la sueca; ésa es una forma de ampliación de la democracia que no es para nada contradictoria con la democracia política. Es cierto que en la Argentina parece una gran utopía. Si

nos quedamos en el margen de la democracia política, yo también creo que hay ahí que ampliar los canales de participación, porque si no, lo que tenemos es una democracia puramente electoral; como decía Rousseau, los ingleses se creen que son libres, pero en realidad son libres cada cuatro años nada más, el día que votan, en el intermedio han enajenado absolutamente su libertad a los políticos. Entonces, acá tenemos una situación de democracia en la cual los mercados votan todos los días y los ciudadanos votan cada cuatro años. ¿Cómo podemos hacer para compensar esa distribución asimétrica del poder? Aparecen todo lo que puedan ser formas de la llamada democracia directa: referéndum, iniciativa popular, que están incorporadas en la Constitución. De todas maneras, tenemos que ser realistas frente a esto; la política no forma parte del interés vital de las personas más allá del 10, 15 o 20 %. Esto es un hecho: nadie quiere involucrarse el 100 % en la política ni en la polis, llamémoslo así; tiene problemas en su vida privada, en la cantidad de su ocio, y en una cantidad de cosas que por ahí le da más importancia que a la política. En ese sentido, la idea de la participación total hasta puede ser una idea peligrosa, porque puede resolverse de la manera más simple, la de la política en las plazas, la de la política del plebiscito, la de la política de la aclamación, ahí participan 100.000 personas. Pero ése que está en el balcón tiene más poder que las 100.000 personas que están ahí, es mentira que sea lo mismo. Entonces se produce una política de pseudo participación sobre la base de estos mecanismos de tipo plebiscitario y cesarísticos en ese sentido. De todas maneras, partiendo de una visión relativamente escéptica sobre el interés que la gente tiene por la política, creo que entre ese extremo y el otro de votar y desentenderse, hay caminos intermedios que habría que explorar.

Pregunta: Sobre la representatividad social de la Alianza.

Respuesta: Quiero hacer dos observaciones; una al tema del radicalismo. Es verdad que en él hay sectores empresarios, militares. El radicalismo es un partido que surge antes de la industrialización en la Argentina. El partido que en realidad responde más a las nuevas fuerzas que aparecen en la Argentina después de la gran crisis de 1930 y de la reconstrucción de la sociedad argentina, es el peronismo; de eso no cabe ninguna duda. Porque el peronismo aparece como una coalición entre un sector del Ejército, un sector del Estado, de la burocracia, de la burguesía nacional, y el gran ingrediente del peronismo que es la movilización de masas. Todos elementos que tienen que ver con el desarrollo argentino posterior a la crisis de 1930. En ese sentido, incluso hasta en su mentalidad corporativa y no ciudadana, el peronismo es mucho más apto para el diálogo con los sectores, porque efectivamente concibe la política como una forma de organización de la comunidad a partir de su segmentación corporativa. Eso no lo tiene el radica-

lismo, aunque tenga un gran empresario por ahí, o algún otro por allá; cuando el radicalismo tiene que hablar con la Sociedad Rural, con la Unión Industrial, con las Fuerzas Armadas, o tiene que hablar con los empresarios internacionales, tiene más dificultades que el peronismo, siendo que el peronismo aparece históricamente como un partido retóricamente más popular. Me parece que en ese sentido el radicalismo sigue con esa falencia; se vio clarísimo en la época de Alfonsín y no creo que lo haya superado.

La segunda cuestión tiene que ver con la cuestión organizativa. Efectivamente, no se puede pensar ahora en estructuras organizativas como las que se pensaban en la economía del trabajo, en la economía de la sociedad industrial; ya no existen grandes sindicatos. Esto es precisamente lo que plantea uno de los problemas, la dificultad de la constitución, ya que no existen fuerzas *a priori* que uno pueda imaginar como base social constituida para determinado proceso. Ahora es imposible interpelar a una nueva voluntad colectiva nacional popular, como diría Gramsci; yo no creo que sea imposible, pero lo que sucede es que es más difícil. Si sus socios para una empresa política pasan de ser actores a ser víctimas, es muy difícil construir políticas ahí, es muy difícil construir políticas de largo aliento con los desocupados, los desarrapados, es muy difícil. Los sindicatos preexistentes tuvieron un peso enorme, más allá del 17 de octubre de 1945, ya que los dirigentes y las estructuras sindicales venían de los años treinta; es un buen ejemplo de que se trataba de actores sociales activos.

Pregunta: Sobre la alternativa de fortalecimiento del Frepaso sin Alianza.

Respuesta: Si el Frepaso hubiera seguido trabajando lentamente sin estar presionado por las urgencias de la clase media que quería ganar las elecciones, podría haber hecho un camino de tercera fuerza, que pasara a ser segunda, que pasara a ser primera; es decir, que rompiera el bipartidismo. Bueno, pero ese supuesto es muy entusiasta porque supone que efectivamente iba a pasar eso, porque supone que efectivamente con un trabajo lento, metódico y permanente el Frepaso se iba a transformar en una fuerza de alternativa frente al radicalismo y al peronismo. Eso es una apuesta tan a ciegas como la de que en realidad es mejor constituir esa fuerza aprovechando una coalición en el poder. Uno dice ahora: este camino fracasó —porque se sabe que fracasó—, pero en el momento de tomar ese camino tenía tantas perspectivas de no fracasar como el otro. En realidad, acá los terceros partidos desde hace muchísimo tiempo han sido absolutamente deglutidos y subsumidos; es decir, ni siquiera tenemos experiencia acumulada que diga que esto es algo que pueda tener andamiaje. Entonces me parece que la apuesta que hizo Álvarez y que hizo Alfonsín, que en realidad son los que hicieron la coalición —ésa es la verdad—, era una apuesta correcta, en el sentido de que hay una posibilidad rápida de constituir una

coalición electoral, esto es seguro, y esa coalición puede ser ganadora. Bueno, hagamos la apuesta de ver si podemos hacer de una coalición electoral ganadora, una coalición de gobierno alternativa. No nos fue bien, por lo menos hasta ahora, pero no estoy seguro de que la otra apuesta hubiera sido mejor. Además es muy difícil escribir la historia de las cosas que no fueron, es casi imposible. De todas maneras, nada me dice que eso hubiera tenido un resultado mejor, salvo para las conciencias individuales de quienes formaron la fuerza.

Pregunta: Sobre las limitaciones del Presidente respecto al proyecto de la Alianza.

Respuesta: Nosotros tenemos tanta mala suerte que hacemos una coalición de centro izquierda, cuando el partido más importante de la coalición tiene su jefe de centro derecha, o de derecha. En realidad, esta coalición debería haber sido hecha con Alfonsín. El jefe del radicalismo es Alfonsín, de eso no me cabe ninguna duda. Lo que pasa es que ser presidente de la República en este país otorga muchos poderes, aun cuando esos poderes, como decíamos recién, están tan vaciados ahora que pareciera que fuera un presidente de una república parlamentaria, con un primer ministro que es el ministro de Economía; de todas maneras, eso otorga poderes. ¿Qué va a pasar? Hay varios tests a cumplir: uno es qué pasa con estas investigaciones, pero lo otro es qué es lo que va a pasar con las elecciones de octubre. Uno ya se imagina lo que va a pasar, pero me refiero a cuáles van a ser las consecuencias políticas. Yo creo que sin duda va a tener consecuencias políticas. Perdiendo las elecciones la Alianza, ahí puede haber fraccionamientos, puede haber transversalidades, puede haber una gran cantidad de fenómenos políticos abiertos. Puede haber enormes críticas a De la Rúa, puede haber movimientos internos contra la marcha general del Gobierno. Cuando los políticos pierden una elección es como algo muy importante. Yo creo que eso puede producir movimientos fuertes, incluida la situación de Cavallo; es un cuadro muy complicado el de la Argentina de hoy. Muy complicado porque tenemos todo lo que tenemos en la economía, tenemos todos estos temas de corrupción que están en la puerta de la investigación, tenemos una enorme deslegitimación de la política, tenemos a la vez un cuadro político absolutamente confuso, ya no solo deslegitimado sino confuso. Entonces no sé; yo no creo que venga un golpe militar, porque no hay militares que quieran hacer un golpe.

Pregunta: Sobre las consecuencias internas de la globalización.

Respuesta: Lo que ha traído este fin de siglo es la derrota histórica de un proceso de búsqueda de alternativas a la hegemonía del capitalismo a

escala mundial. Acá hubo durante un siglo o mitad de un siglo una **lucha** entre dos concepciones de la mundialización; una ganó y otra perdió. **Entonces**, se recompuso el mundo de determinada manera; no para la **eternidad** de los tiempos, pero hoy, en esa recomposición de determinada manera, todo lo que llamamos cultura de izquierda se sepultó. Se sepultó con sus valores y se sepultó con sus actores; acá y en el mundo. Lo que **aparece** como más audaz, algo que ya ni se menciona, es la tercera vía. Ya no **existe** ni la tercera vía como ingrediente retórico; hace un año todos **hablábamos** de la tercera vía, ahora nadie habla de la tercera vía. **En fin, ésta es la realidad** del mundo en que nos toca vivir. ¿Cómo pensar en estas condiciones formas de recomposición? Bueno, son complicadas.